

Los Desencantados de la Política Chilena: Estudio de caso, comportamiento electoral en elecciones parlamentarias 1997²

1. INTRODUCCIÓN

Muerte y nacimiento son los dos extremos de la vida que se juntan dramáticamente para transmitir visiones apocalípticas en el fin del segundo milenio o en el comienzo del tercero, según como se le quiera ver. La política como actividad humana por supuesto no ha estado ajena, y lo apreciamos en el lenguaje empleado por los intelectuales en el debate: conceptos tales como fracaso del comunismo, reemplazo de una economía de bienes por una de servicios y el protagonismo del conocimiento y la información, alimentan recíprocamente la idea de término de una etapa histórica y el comienzo de otra. La economía ha liderado el debate: los impactos del consumo y de la información unidos a las nuevas modalidades de producción de bienes y servicios de acuerdo a los vertiginosos avances tecnológicos, han elaborado la idea de crisis de las ideologías, entendidas éstas como los grandes referentes productores de "certezas" del siglo XX. Sin em-

¹ Ayudante de Investigación: Sr. Enrique Fernández, Magister (c) en Ciencia Política, U. de Chile.

² Especial agradecimiento al Prof. Juan Ignacio García, Director del Servicio Electoral de Chile y Profesor del Instituto de Ciencia Política, Universidad de Chile.

bargo, la democracia no ha sido eje del debate, sino aparece más bien como un sistema pre-existente pasivo, mero receptor de las transformaciones de naturaleza económica, cuyo círculo de trabajo y discusión está restringido a los espacios académicos. Los grandes debates públicos sobre la democracia fueron reemplazados por planteamientos económicos. Una de las razones es que desde su instauración, la democracia ha estado mucho más preocupada de defenderse de eventuales asedios totalitarios y autoritarios que de pregonar su potencialidad, lo que se demuestra claramente en los afanes de las potencias occidentales que buscan expandir "el modelo democrático" por el mundo, en vez de tratar de perfeccionar y afianzar los existentes. Por el contrario, y paradoja del fin de siglo otra vez, las potencias se dedican a aplicar controles de calidad democráticos de acuerdo a sus propias ópticas, culturas e intereses, violando las escasas cuotas de soberanía que pugnan por mantener las naciones-estado en este confuso esquema global.

Las dos primeras guerras, el fascismo, el nazismo, el "stalinismo" y las dictaduras militares en América Latina, Grecia, España y Portugal, muestran escenarios constantes de amenaza a la democracia durante el siglo XX, lo que ha retrasado sin duda su evolución hacia estadios más participativos, en el marco de alcanzar mayor descentralización del poder desde la autoridad hacia la ciudadanía. De esta forma la sociedad civil de los 90's surge como la gran promesa incumplida, lo que se hace evidente luego de la desaparición del Muro de Berlín, el último de los símbolos de peligro manifiesto de la era de la confrontación Este-Oeste.

En este trabajo se dan a conocer elementos empíricos que muestran apatía y desencanto político en el electorado chileno de acuerdo a su comportamiento durante la última elección parlamentaria chilena en 1997. Sus relaciones de causalidad se han analizado considerando tanto las variables políticas internas como aquellas determinadas por el escenario global mundial, con el fin de averiguar si este tipo de conductas puede comportar una eventual amenaza para la supervivencia del sistema democrático.

2. LOS PARTIDOS POLÍTICOS EN CHILE

Siguiendo la elaboración de Genaro Arriagada³, se reconocen en Chile tres sistemas de partidos: Un Primer Sistema que se desarrolló durante el siglo XIX, muy restringido en cuanto a participación y cuya principal diferencia estaba dada por la dimensión religiosa resultante del enfrentamiento entre pro y anti clericales. Un Segundo Sistema que surgió con el advenimiento del 1900 centrado en la llamada "cuestión social", y un Tercer Sistema que nació a mediados del siglo XX con la llegada del General Ibáñez al poder y que se extendió hasta 1986, año en que la apertura democrática logró imponerse en el gobierno militar. Desde entonces hasta ahora, Arriagada se cuestiona si este tercer sistema revivió o se agotó en el período posterior. Para efectos de este trabajo nos interesa lo ocurrido en este siglo, por tanto analizaremos desde el segundo sistema de partidos hacia adelante.

2.1. Segundo Sistema de Partidos

Para explicar la transición desde el primer al segundo sistema de partidos, el autor mencionado propone recurrir a dos factores:

- El crecimiento de la clase media, que través de su acceso a la educación logró cuotas cada vez más importantes de poder en los círculos políticos.
- El proceso de industrialización y el desarrollo de la minería salitrera creó un sector obrero fuertemente organizado que estimuló la formación de partidos políticos de clase, escenario diametralmente distinto al de la lucha electoral del siglo XIX, centrado en cuestiones religiosas y con participación electoral muy restringida. Estas organizaciones se comprometieron profundamente con la reivindicación de sus propias situaciones de injusticia, creando importantes movilizaciones a las que el Gobierno respondió con fuerte represión, con gran impacto en la opinión pública de la época.

³ Arriagada Genaro: ¿Hacia un Big Bang del Sistema de partidos?, Editorial Los Andes, Santiago de Chile, 1997.

El alineamiento de las fuerzas políticas a principios de este siglo, muestra una agrupación de derecha donde cohabitaban por una parte los liberales, representando a parte de los comprometidos con "la cuestión social", y por la otra los conservadores, que apoyaban a los sectores pro-clericales, unidos en la defensa del orden establecido. En el centro del espectro se ubicó el Partido Radical, el cual jugará un rol clave en la política chilena del siglo XX. En un acto de pragmatismo, este partido desplazó a segundo plano su postura anti-clerical del pasado, y adoptó como primera bandera los postulados social-demócratas que privilegiaban la intervención del Estado en favor de los más débiles, convirtiéndose en el adalid de las capas medias. Aun cuando este golpe de timón significó una enconada lucha interna, el radicalismo avanzó con éxito en el afianzamiento del Estado de Bienestar. Por el año 1938 también en el centro, como escisión del Partido Conservador, surgió la Falange Nacional, antecesora de la Democracia Cristiana. Este conglomerado estaba formado por católicos observantes pero distantes del compromiso clerical conservador, y activamente involucrados con los grupos populares y las ideas de cambio social. Sin embargo "La Falange" solamente vino a tener peso político cuando se convirtió en la Democracia Cristiana en los '60.

En el ala izquierda del escenario de principios de siglo se alineaban los nuevos partidos de clase. Los comunistas chilenos privilegiaban la intransigencia del enfrentamiento de la lucha de clases en adhesión a los postulados de la Internacional Comunista de 1919. Rechazaban por tanto cualquier alianza y manifestaban su opción por la vía revolucionaria para alcanzar la dictadura del proletariado. Sin embargo, después del VII Congreso de la Internacional en 1933, su discurso cambió desde la revolución marxista-leninista ortodoxa hacia la búsqueda del cambio a través de lo que ellos llamaron "la vía democrática-nacional", que significaba plantear la alianza de los sectores populares con la burguesía progresista para lograr la transformación social, a través de expropiaciones del capital extranjero y reforma agraria, al mismo tiempo que mantenían una postura internacional aparentemente de menor dependencia de los dictados de las Internacionales. Así se explica su participación en el Frente Popular en 1936, y su respaldo a los tres siguientes candidatos presidenciales radicales. Esta

postura relativamente moderada, por cuanto sus métodos sin duda traían consigo implícitas acciones violentas de despojo de propiedades y bienes, se mantuvo hasta que el Presidente Gabriel González Videla, quien contó con sus votos para ser elegido, los marginara legalmente en 1949.

También en la izquierda se alineaba el Partido Socialista, de rai-gambre obrera, fundado en 1933. Heterogéneo siempre en su origen y desempeño, no se definió en términos de postura clara frente a la adopción del marxismo como método de interpretación de su realidad. Dentro de la colectividad se advirtieron constantemente fuertes tensiones que provocaron escisiones importantes, como la de uno de sus líderes fundadores Marmaduke Grove por ejemplo, de marcada orientación populista en oposición con varias otras facciones internas. La línea conductual del Partido Socialista durante el segundo sistema de partidos por tanto, puede calificarse de errática al carecer de sustento ideológico definido.

El polo derechista no estaba ajeno a las demandas de justicia social, sin embargo, no logró articular plataforma común al respecto ni planteamientos alternativos para competir con sus adversarios. La vieja lucha por la dimensión religiosa, entre los liberales anti-clericales y los conservadores cercanos a la Iglesia Católica perdió vigencia como tema político, lo que a falta de ideas fuerza alternativas, no permitió que se produjera una renovación quedando la derecha atada a la mantención del orden vigente. Como consecuencia de ello, la Iglesia quedó vinculada a la clase más pudiente en un escenario donde predominaba el conflicto social. Así la Iglesia se alejó políticamente de los sectores más pobres y de los precursores de los cambios económicos y sociales. Los liberales capitalizaron este suceso, levantando una suerte de "embargo político", sosteniendo que dado su carácter confesional los conservadores no podrían competir con posibilidades de éxito en una contienda presidencial, lo que ponía a la derecha en una situación sin otra opción que la de llevar un abanderado de las filas liberales.

Con todo, la derecha fue el tercio más poderoso durante el segundo sistema de partidos, aun cuando desde 1932 y durante el si-

guiente cuarto de siglo siempre fueron derrotados en las elecciones. Cuando estuvieron más cerca, fue con la candidatura de Gustavo Ross en 1938, malograda por la masacre del Seguro Obrero que ocasionó el retiro de Carlos Ibáñez y su apoyo a Pedro Aguirre Cerda, pero aun ésta tuvo el inconveniente de haber estado centrada en una figura política con rasgos marcadamente autoritarios y tecnocráticos, lo que no permitió su expansión hacia el centro. La postulación de Ross muestra la última candidatura de una derecha segura, que todavía no se sentía amenazada por las fuerzas centripetas de la política. La historia suma y sigue. Con Juan Antonio Ríos en 1942 la derecha no logró construir alianza política, pese a que éste mantenía una línea fuerte anti-comunista y decidido empeño por promover estructuras productivas, ambos elementos muy apreciados por la derecha. En 1964 la derrota fue aun más dolorosa, porque aun cuando la alianza derechista tenía todas las posibilidades de ganar al estar desafiada por la combinación más antagónica posible, representada por los izquierdistas radicales con el apoyo comunista, no fue capaz de levantar un proyecto común y compitió con dos candidatos, lo que le dio el triunfo a Gabriel González Videla con el 40% de los votos. Esta incapacidad de generar alianzas marca el destino de la derecha, lo que se va a proyectar más allá hasta el tercer sistema de partidos.

No obstante su sino de derrota electoral, la derecha chilena se perfiló claramente en el continente como distinta a sus congéneres por su compromiso con el Estado de Derecho. Se distinguen su respeto a la democracia, rechazo a la intervención militar y su contribución al fortalecimiento de la actividad política. Este segundo sistema de partidos está marcado por equilibrio de fuerzas dado por el Partido Radical al posesionarse del centro del espectro político, desde donde orientaba alianzas hacia ambos lados. Pero no solamente el Partido Radical fue flexible, también lo fueron los partidos liberal, comunista y socialista, al participar en varios gabinetes ministeriales de coalición que dieron gobernabilidad al sistema político chileno. Así lo ilustran los gabinetes de Juan Antonio Ríos y González Videla, éste último conocido como "de Manchester a Moscú"⁴ por la amplia banda partidista que reunió.

⁴ Genaro Arriagada, op.cit. p. 30.

Al término del segundo sistema al igual que al final del primero, el espectro político chileno aparece fraccionado en tres tercios, con la diferencia que esta vez cada tercio aspiraba a una identificación más estrecha con el electorado: la derecha era el tercio mayoritario, los radicales representaban un poco más del 20% y la izquierda alrededor del 25%, porcentaje este último susceptible de aumentar si se le agrega el 4% de votos del Partido Demócrata, alineado también a la izquierda pero autónomo. Este orden partidario operó dentro del marco de la Constitución de 1925 y sus leyes complementarias. El Parlamento era elegido por representación proporcional y en distritos plurinominales. El sistema alentaba la proliferación de partidos, de tal forma que entre 1932 y 1973, se reconocían 56 colectividades distintas. Este aumento de opciones partidistas debilitó a las grandes coaliciones y dificultó todavía más la posibilidad de construir alianzas, lo que significó descrédito y pérdida de confianza en la política y en sus operadores por parte del electorado.

2.2. Tercer Sistema de Partidos

El tercer sistema de partidos se inició en 1952 con la elección del General Ibáñez, enarbolando la bandera del desprestigio de los partidos políticos y ofreciendo como alternativa un proyecto populista que a tres años de asumido el poder, demostró su incapacidad para gobernar por carecer de un programa coherente y de alianzas políticas sólidas. Este fracaso contribuyó a acentuar el clima de pesimismo tanto de los líderes como del electorado, y se reflejó en cada uno de los discursos de la época entregando una visión de crisis que abarcaba a todo el espectro político sin exclusión.

Uno de los elementos capitales en esta tercera fase fue el giro de la Iglesia Católica desde su vinculación con los conservadores de élite hacia el compromiso social franco. Si bien es cierto que durante la vigencia del segundo sistema habían existido sacerdotes comprometidos con la causa de los más desposeídos, como el Padre Hurtado, Manuel Larraín o Francisco Vives, la jerarquía eclesiástica continuaba alineada con el sector conservador. Esta situación cambió drásticamente a mediados de los '50 tanto en

Chile como en Latinoamérica, lo que tuvo como consecuencia política que se perdió la legitimidad de la defensa del orden vigente. La capacidad empresarial del estado que había logrado un desarrollo sin precedentes después de la crisis de los '30 estaba agotado al inicio de los '50, la protección a la industria por vía de subsidios había dado pie a variados actos de corrupción que trataban de evitarse aplicando mayores controles, todo lo cual dificultaba enormemente la gestión empresarial. Además de lo anterior, se vivían grandes tensiones sociales caracterizadas por continuas demandas por aumentos salariales que encontraban satisfacción a través de la inflación, cuyo agravamiento fue tal que entre 1954 y 1955 este índice se elevó por sobre el 80%. Se había llegado así a un grado extremo de conflictividad social, agravado por la necesidad de dar cauce a la representación política e integración de dos nuevos sectores, que venían incorporándose a la vida política de la mano del fenómeno de la urbanización: el campesinado y los pobladores. Hasta fines de los '50, el campesinado no era una fuerza política en sí, puesto que solamente se había sumado a la democracia a través del sufragio, el cual a su vez era convenientemente dirigido por los partidos de derecha (y también de centro) mediante las prácticas de cohecho. Los pobladores llegaron como producto de la concentración urbana, fenómeno extendido en Latinoamérica y que dice relación con la falta de expectativas de la población en el campo y la apuesta de encontrar un futuro mejor en la ciudad. Así surgieron las "callampas" en Chile, "villas miseria" en Argentina o "favelas" brasileras, quienes plantean su inserción política a través de la demanda de vivienda. Ambos nuevos actores, campesinos y pobladores, suman fuerzas electorales importantes que no se sienten interpretadas por las fuerzas políticas tradicionales.

En este tercer sistema de partidos el centro radica en la Democracia Cristiana (DC), el eje de izquierda en la alianza comunista-socialista, y el de derecha con un nuevo referente: el Partido Nacional. Chile en los '60 ingresó a un estado de hipermovilización social, cuyas demandas eran imposibles de satisfacer por sistema político alguno, pero que hallaron eco y fueron acogidas en la izquierda socialista y comunista, y también en el seno de la Democracia Cristiana, buscando agua para sus molinos electorales.

A partir de 1967 se hizo cada vez más frecuente la ocurrencia de actos ilegales que adoptaron la forma de acciones políticas asociadas a expresiones de violencia, tales como la ocupación de terrenos urbanos, agrícolas e industriales, marchas no autorizadas, huelgas, y enfrentamientos de brigadas de choque, las que llegaron a su clímax en el gobierno socialista de Salvador Allende. Todas estas manifestaciones condujeron a la politización de todos los espacios de la vida pública y privada dado el alto contenido ideológico de las posturas, hecho que por una parte, prácticamente hizo desaparecer el centro político como elemento moderador de conflictos; y por la otra, y sin duda la más importante, fue un factor que contribuyó a agravar la sensación de crisis generalizada, donde la democracia aparecía cada vez más ineficiente como mecanismo de resolución del conflicto social. Izquierda y derecha la desestimaban por igual aunque por distintos motivos: para la izquierda la democracia era simplemente una más de las vías (la otra era la insurreccional) para construir un nuevo orden político cuya meta por cierto no era democrática. La derecha argumentaba que la democracia como medio podía sacrificarse en aras de la preservación de otros valores, especialmente la libertad económica y el derecho de propiedad. Desde comienzos de los '70, se vivía una sociedad profundamente dicotómica, con evidencias claras de agotamiento en todos sus órdenes: económico, social, y por sobretodo político.

A este cuadro interno, debe agregarse el factor externo, donde el esquema ideológico de la Guerra Fría con la bipolaridad comunismo versus Occidente había penetrado fuertemente en la conciencia política de los dirigentes e incluso de los ciudadanos comunes dentro de Chile, demandando definición equivalente a los distintos actores del espectro. El triunfo de la Revolución Cubana fue interpretado por la izquierda como una demostración palpable de la posibilidad real de lograr el cambio político por la vía de la revolución marxista-leninista en los países americanos. En este contexto dice Arriagada⁵, surgió el tercer sistema de partidos que él llama "guerra civil ideológica", para describir al período que va desde 1960 a 1985, y cuya característica principal fue

⁵ Arriagada, op. cit. p. 38.

el conflicto entre distintas propuestas ideológicas rivales que tenían en común un afán mesiánico y fundacional para la sociedad chilena, que para su realización exigía borrar todo vestigio del orden anterior y comenzar el nuevo desde cero, concebidos en la lógica de los llamados "Sistemas de Planificación Globales". Entre el '60 y los '80 el debate político estuvo marcado por la lógica amigo-enemigo, estableciendo condena para los disidentes a través de descalificaciones de todo tipo. El debate racional y de mayor pragmatismo que caracterizó a la época del segundo sistema, desapareció ante proyectos globales antagónicos que no sólo concernían a la vida pública sino también a la esfera privada de las personas. Las opciones eran excluyentes: una "revolución en libertad" al estilo de la Democracia Cristiana, una revolución donde se impusiere la dictadura del proletariado al estilo marxista, o una contra-revolución conservadora, que sacrificando las libertades políticas lograra restablecer las bases económicas y sociales para mantener el antiguo sistema. Cada uno de ellos tuvo la oportunidad de intentar realizar el cambio mesiánico que se proponían: la DC entre 1964 y 1970 liderada por el carismático Eduardo Frei Montalva, la izquierda con Salvador Allende entre 1970 y 1973, y la derecha durante el Gobierno Militar a partir de 1975.

2.3. Después de 1973

El Gobierno Militar trajo consigo la proscripción de la actividad política partidista, lo que no significó en modo alguno un acatamiento al receso sino más bien un ordenamiento distinto de actores y estrategias, intentando adecuarse al nuevo escenario. La derecha declaró auto-disuelto al Partido Nacional, apoyó abiertamente y buscó insertarse en el régimen militar a través de la generación de ciertos espacios técnicos, dentro de los cuales la economía fue uno de los más propicios a partir de 1975. De esta forma surgió la orientación y el proceso de ajuste hacia la economía de libre mercado. El bloque socialista-comunista-radical que había apoyado a Allende en la Unidad Popular fue prácticamente desmantelado, sus dirigentes encarcelados y posteriormente expulsados del país. La Democracia Cristiana como eje del centro y que con sus votos contribuyó a declarar al gobierno de Allende fuera del marco legal en el Congreso, se mantuvo ajena de la esfe-

ra de gobierno. Pero pese a las severas restricciones, transcurridos los primeros años de la dictadura los antiguos partidos políticos habían logrado reorganizarse en sus estructuras cupulares en torno al tema común de la denuncia sistemática de violaciones a los derechos humanos cometidas por el Gobierno Militar: la ex Unidad Popular en el exilio, imponiendo una imagen nefasta del gobierno que le permitió acceder a importantes apoyos internacionales; la Democracia Cristiana también en abierta oposición al gobierno reunió a sus dirigentes en torno a la Iglesia Católica chilena. Mientras tanto la derecha dividida en varias facciones se mantuvo como apoyo del régimen, pero sin tener una organización ni actividad partidista franca, al contrario de la oposición. La primera demostración palpable de reorganización de la oposición tuvo lugar en torno al plebiscito para votar la nueva Constitución en 1980, cuando un sector de líderes políticos y juristas de la oposición llamado el Grupo de los 24, elaboró un proyecto constitucional alternativo que no fue aceptado por el oficialismo, lo que provocó que la Democracia Cristiana liderada por el ex Presidente Frei Montalva llamara públicamente a la ciudadanía a votar en contra de la Constitución de 1980, en el primer acto político autorizado después del 73. Posteriormente, las terribles consecuencias de desempleo y pobreza extendidas generadas por la grave crisis económica de 1982, fueron la condición ideal para el resurgimiento franco de la actividad política opositora a través de los llamados a protestas.

Las protestas fueron conducidas políticamente por la oposición como bloque agrupado en la Alianza Democrática, antecesora de la Concertación actual. Los dirigentes políticos de ese entonces carecían de información confiable en términos de respaldo de base, puesto que no habían tenido oportunidad de ejercitar la medición en ningún acto electoral. Sin embargo, las demostraciones de adhesión ciudadana a las protestas del año 83 y 84 fueron un buen parámetro que permitió evidenciar claramente una demanda concreta de participación política por parte de la ciudadanía, y la eventual existencia de apoyo mayoritario para la oposición. El camino de lucha política contra el gobierno militar por lograr la apertura que culminó en 1986, fue también una instancia de revisión profunda para los partidos de la oposición en el sentido

de tratar de privilegiar unidades por sobre banderías e intereses de grupos. La derecha sin embargo se mantuvo ajena a este objetivo, no logrando la cohesión entre liberales y autoritaristas y constituyendo dos partidos: Unión Demócrata Independiente (UDI), fuertemente conservador, católico y ligado al gobierno militar; y Renovación Nacional (RN), en cuyo interior no confesional cohabitan tendencias liberales y autoritarias más moderadas.

El triunfo de la "opción NO" en el plebiscito de 1988 demostró que la mayoría de la ciudadanía quería regresar a los cauces democráticos, lo que permitió el inicio de la transición negociada entre gobierno y oposición, cuyo primer hito fueron las elecciones parlamentarias y presidenciales del 89. Curiosamente, y como si nada hubiera quedado de la experiencia del quiebre democrático, nuevamente el país aparecía electoralmente dividido en los mismos tres tercios de acuerdo a sus vinculaciones tradicionales: la derecha con el empresariado y los postulados del gobierno militar, cercana al 40%; el centro demócrata-cristiano en el 33% representando capas medias y algunos sectores del campesinado y poblacionales; y la izquierda con un poco más del 25%. No obstante habían habido cambios cualitativos. La izquierda mantenía sus mismos integrantes originales socialistas y comunistas, pero había surgido una tercera fuerza, el Partido por la Democracia, PPD, que nació como partido instrumental para el plebiscito del '88, como referente amplio de los sectores renovados del socialismo y liberales. En la derecha y dentro del Partido Renovación Nacional comenzó una fuerte pugna de liderazgo frente a un proyecto político liberal versus otro tradicional y muy cercano al legado militar. También en la derecha la Unión Demócrata Independiente, UDI, representando al ala más conservadora, construyó bases populares en las poblaciones que demostraron poder coexistir políticamente bien con el empresariado y los grupos más adinerados. Estas modificaciones en el contexto de la caída del muro de Berlín, acaecida el mismo año 1989 en que se eligió al primer gobierno de transición democrática encabezado por Patricio Aylwin, más el proceso de desmovilización política impuesto por el gobierno militar, pusieron definitivamente en jaque a los esquemas que habían sustentado al tercer sistema de partidos.

3. EL SISTEMA ELECTORAL CHILENO

Gran parte de la legislación electoral chilena del presente siglo estuvo determinada por la Constitución de 1925. Es así como todas las normas del régimen y del sistema electoral provenían de unos pocos artículos dispersos en el texto constitucional, aprobado por la ciudadanía chilena en agosto de 1925⁶.

En Chile el sufragio universal, pero entendido éste sólo para varones, se estableció con carácter de obligatorio tras la gran reforma electoral de 1874. Desde entonces, tuvieron derecho a voto todos los ciudadanos varones mayores de 21 años, que supieran leer y escribir. Sin embargo, debido al gran analfabetismo de la época, el total de inscritos en los registros electorales para las elecciones de 1912 alcanzó solamente a 598 mil varones, lo que significaba nada más que un 40 por ciento de la población estimada como potencial universo electoral. De los inscritos, sólo concurren a las urnas 291 mil; es decir, se produjo una abstención cercana al 51 por ciento. El régimen electoral chileno en ese entonces se había sumido en una completa crisis, debido no sólo al altísimo número de analfabetos, sino también fruto de la falta de control sobre las inscripciones, lo que redundaba en falsificaciones, suplantaciones y otros vicios de la mecánica electoral.

Al producirse la revolución constitucional de 1925, el padrón electoral contaba con 302 mil inscritos, lo que representaba apenas el 7,7 por ciento de la población nacional, estimada entonces en cuatro millones de habitantes. Sin embargo, los electores que aprobaron en "referendum" la Constitución de 1925 fueron escasamente 134 mil, lo que representaba apenas al 44 por ciento del universo calificado para votar. De este modo, el nuevo régimen democrático presidencial se inició con escasa participación popular, a pesar de los cincuenta años de vigencia legal del sufragio.

La condición de alfabeto fue determinante en la extensión del derecho a sufragio, la que se superó solamente después de cincuenta años, cuando en 1970 la cobertura de inscritos en los regis-

⁶ Ricardo Cruz-Coke, *Historia Electoral de Chile 1925 - 1973*. Editorial Jurídica de Chile, Santiago, 1984.

tros electorales alcanzó al 82 por ciento de los votantes potenciales. Otro hecho de gran importancia fue la incorporación del voto femenino. No obstante, la Constitución de 1925 no hacía expresa mención de la condición de género para calificar a un ciudadano, las mujeres no participaron en actos electorales generales hasta el año 1935, cuando se efectuaron elecciones municipales. En aquella oportunidad se inscribieron para votar 76 mil mujeres, correspondientes al 20 por ciento total del padrón electoral de la época. Por cada mujer había 55 varones inscritos, proporción que no varió sustancialmente porque ellas no se interesaron mayormente en sufragar solamente en actos eleccionarios locales. La inscripción aumentó en forma notable en 1950, cuando ellas obtuvieron el derecho a participar en elecciones presidenciales y parlamentarias. Entonces llegaron a alcanzar casi la paridad con los varones, cifra que desde ese año ha venido aumentando levemente. Hoy día las mujeres representan un punto y medio porcentual más que los inscritos varones.

La Constitución de 1980 rompió con la tradición de representación proporcional para las elecciones parlamentarias, introduciendo tanto para el Senado como para la Cámara de Diputados, el **sistema binominal**. Para el Senado se establecieron 19 circunscripciones, mientras que para la Cámara de Diputados se fijaron 60. Existe la posibilidad de pactos al nivel de circunscripción. Las listas contienen un máximo de dos candidatos. El elector tiene un voto para elegir senador y otro para diputado. Vota por candidatos, de modo que la lista es cerrada. Obtienen los dos escaños de cada circunscripción las dos listas que reúnan la mayor cantidad de sufragios (suma de votos personales), resultando elegidos dentro de cada lista los candidatos más votados. Si una de las listas consigue más del doble de los votos obtenidos por la lista que le sigue en número de votos, obtiene los dos escaños.⁷

El sistema binominal es un sistema mayoritario con efectos peculiares, comparado con el sistema uninominal. Cuentan los votos de las dos más altas mayorías. Y aun más: dado que hay dos escaños en disputa, se favorece al segundo partido, porque alcanza el

⁷ Dieter Nohlen: Sistemas electorales y partidos políticos. Fondo de Cultura Económica, México D.F., 1994, p. 242.

50 % de los escaños sin igualar a la primera mayoría. Es necesario, eso sí, que obtenga más de la mitad de los votos del partido con mayoría relativa o absoluta, pero el margen virtual es grande. La lista que obtenga en una circunscripción un poco más del tercio de la votación obtendrá un escaño, al igual que la lista que obtenga casi dos tercios de la votación. De esta forma, los resultados electorales pueden distorsionar la relación de fuerzas entre los partidos políticos, ya que impiden que accedan a escaños del parlamento aquellos partidos que no se integran a pactos, y también perjudica a candidatos que compiten en forma independiente.

Hasta Septiembre de 1973, según la clasificación de Giovanni Sartori⁸, Chile presentaba un sistema de partidos pluripartidista polarizado. La Constitución de 1980 en su carácter fundacional, instituyó la protección de la Democracia como régimen político, considerando anticonstitucional la existencia de partidos «antisistema», como eran en Chile, los partidos socialista y comunista anteriores a 1973. Por esta razón, los partidos de corte marxista estuvieron proscritos legalmente hasta 1989.

Se pensó que un sistema electoral binominal podría determinar un sistema de partidos bipartidista porque obligaría a los partidos a agruparse debido al imperativo electoral en dos grandes bloques, lo cual evitaría caer nuevamente en un sistema pluripartidista que contendría en sí el germen de la polarización. La búsqueda de una normativa electoral que impidiese la reedición del fraccionamiento del espectro partidista en tres tercios con amplia distancia ideológica entre ellos, tenía como norte asegurar una mayor gobernabilidad de la democracia que debía reimplantarse en el país. Tales preceptos eran revolucionarios con respecto de la tradición chilena de representación parlamentaria proporcional, vigente desde la Constitución de 1925 hasta 1973.

Lo concreto, es que desde el inicio de la transición hasta ahora existen dos grandes bloques, que prácticamente acaparan para sí toda la representación parlamentaria: el bloque gobiernista, o Concertación de Partidos por la Democracia, conformado por dos

⁸ Giovanni Sartori. Partidos y Sistemas de Partidos, Alianza Editorial, Madrid, 1992. p.165.

corrientes políticas mayoritarias y una sustancialmente menor, que son la Democracia Cristiana como partido de centro y su aliado de sub-pacto el minoritario Partido Radical Social Demócrata; y por el llamado polo progresista de centro-izquierda compuesto por el Partido por la Democracia (PPD) y por el Partido Socialista de Chile (PS). La oposición se agrupa en el Pacto Unión por Chile con dos partidos, Renovación Nacional (RN), que podríamos situar en la centro-derecha; y la Unión Demócrata Independiente (UDI), conservador y de mayor fidelidad a los postulados neoliberales heredados de la administración autoritaria.

La imperiosa necesidad determinada por el sistema binominal de formar dos grandes bloques, produce la exclusión del parlamento de fuerzas políticas que no adhieren a ninguno de los dos bloques mayoritarios, pero que constituyen más o menos el diez por ciento del electorado. Dichos votos corresponden al Partido Comunista y Partido Humanista (lo que se ha dado en llamar "la izquierda extra-parlamentaria"), y al Partido Unión de Centro-Centro Progresista, formado en torno a un caudillo liberal, el actual senador Francisco Javier Errázuriz.

Otro efecto del sistema electoral binominal dice relación con las fuertes tensiones que provoca dentro de los miembros de un mismo pacto, lo que se refleja a través de todo el proceso electoral. Primero, se producen grandes luchas tanto en el seno de cada uno de los partidos como al interior del pacto, para establecer la plantilla electoral. Durante la campaña la competencia se torna dramática, puesto que compiten entre sí compañeros de lista mientras al mismo tiempo están disputándole los escaños a sus adversarios políticos. Y a la hora de conocerse los resultados de la elección, ocurren una serie de recriminaciones dentro de los "socios" acusándose de deslealtades mutuas. No obstante, el sistema binominal ha sido un factor determinante para la gobernabilidad del país desde el retorno a la democracia, puesto que ha obligado a establecer alianzas partidistas pragmáticas que antes no eran posibles de lograr.

4. LA AGENDA DE CAMPAÑA DE LAS ELECCIONES PARLAMENTARIAS DE 1997

La elección parlamentaria de Diciembre de 1997 se verificó ya transcurrida la mitad del segundo período presidencial de la Concertación de partidos por la Democracia. La primera administración concertacionista, presidida por el demócrata-cristiano Patricio Aylwin, fue considerada fundamentalmente como de transición, donde los principales actores políticos y sociales privilegiaron un comportamiento consensual que se tradujo en evitar la emergencia de conflictos, salvo aquellos del ámbito de las relaciones cívico-militares, que si bien es cierto en ocasiones fueron francamente tensas, nunca amenazaron la estabilidad política del período.

Sin embargo, la segunda administración concertacionista encabezada por el actual Primer Mandatario, Eduardo Frei Ruiz-Tagle, ha debido enfrentar un clima bastante diferente. En efecto, comenzaron a producirse demandas desde diversos sectores especialmente gremiales, que habían apoyado a la Concertación desde sus comienzos, y que habían cifrado grandes esperanzas de solución a sus problemas socio-económicos en el retorno democrático. Sectores tales como salud, educación y minería del carbón, se consideraban a sí mismos largamente pospuestos. Las respuestas elaboradas por el gobierno no fueron satisfactorias para los demandantes, puesto que ellos cuestionaban por sobre todo los efectos que el modelo de desarrollo económico basado en el libre mercado había tenido, exigiendo volver al proteccionismo laboral y fijación de salarios anterior. Los demandantes reaccionaron con paros y movilizaciones reiterativos, siendo los más dramáticos el paro de los Servicios de Salud Pública, incluyendo las atenciones de urgencia, y el cierre del mineral carbonífero de Lota. Al respecto, ambos gobiernos de la Concertación no han alterado en absoluto el programa económico del Gobierno Militar, reconociendo ante las presiones que no se han emprendido reformas más profundas o estructurales, por respeto al ordenamiento macro-económico del país, y que cuando éstas se han intentado, no han contado con la mayoría parlamentaria favorable en el Senado de la República, que permita al Ejecutivo hacer aprobar proyectos de ley en ese sentido.

En este marco la campaña electoral de 1997 al igual que las anteriores, no significó cuestionamiento alguno al modelo de desarrollo vigente (salvo para la izquierda extra-parlamentaria); sino más bien, los temas se enfocaron desde las perspectivas electorales del pacto concurrente. Desde la Concertación oficialista, se insistió en que la democratización del país, léase reformas constitucionales y en especial la eliminación de la figura de los senadores institucionales o designados, era la llave que permitiría profundizar la agenda social y realizar reformas estructurales en los ámbitos de salud, educación, previsión, legislación laboral, etc. Por tanto, para la coalición gobiernista lograr alcanzar la mayoría parlamentaria (obtenerla en el Senado y mantenerla en la Cámara de Diputados), era el tema prioritario de la agenda de campaña.

Desde el pacto opositor, Unión por Chile, la campaña se centró en que la actual Constitución del '80 ha permitido entregar al país estabilidad política y social que se ha traducido en crecimiento económico sostenido. Por tanto, cualquier intento de alteración sería nocivo para todo el conjunto de la sociedad chilena. Disponer de la mayoría parlamentaria, permitiría a Unión Por Chile abocarse a fiscalizar la gestión de un aparato estatal considerado por ellos como ineficiente, opulento y encubridor de variadas formas de corrupción en todos sus niveles. El firme enarbolamiento de temas relativos a cuestiones morales y éticas y su limitado interés por cuestiones juzgadas exclusivamente políticas (caso de reformas a la Constitución), fue un rasgo emblemático de dicho conglomerado durante toda la campaña.

El clima electoral de fines del '97 fue también un reflejo previo a la campaña presidencial que tendrá lugar el '99. Dentro del conglomerado de gobierno, estuvo presente la figura del ex Ministro de Obras Públicas Ricardo Lagos, líder del polo progresista de la Concertación (Partido Socialista, PS y Partido por la Democracia, PPD), el personaje político mejor evaluado en las encuestas de opinión pública desde el retorno democrático, cuya opción presidencial su sector considera prácticamente un derecho adquirido. En franca oposición a este postulado se encuentra la Democracia Cristiana, DC, quienes por su mayoría de votos también postulan su derecho a llevar su propio abanderado. Esta situación creó

tensiones permanentes entre ambas fuerzas, otorgándole a esta parlamentaria el carácter de pre-primaria presidencial.

El pacto opositor tampoco estaba exento de tensiones, puesto que en la parlamentaria '97 se enfrentaron dos proyectos hasta entonces antagónicos: la derecha dura, representada por la Unión Demócrata Independiente, UDI, conservadora y ligada a los postulados del Gobierno Militar, versus Renovación Nacional, RN, partido dividido en dos fracciones claras, una más conservadora respecto al legado autoritario, y otra más liberal y cercana al centro político.

En cuanto a los escrutinios y publicación de resultados, la ciudadanía chilena avalada por su tradición democrática, confió plenamente en la transparencia del proceso electoral en todas sus fases. No hubo dudas respecto a la seguridad del padrón electoral, como tampoco durante la emisión de sufragios ni durante el recuento de votos. Esta actitud de confianza ya había sido claramente demostrada durante el plebiscito de 1988, cuando se votaron las opciones de seguir con el gobierno del General Pinochet por otros 8 años, o volver a realizar elecciones abiertas. Como ya señalé antes triunfó la opción de retorno democrático. En esta ocasión, no obstante lo complicado del ambiente político, la entrega de cómputos y el reconocimiento del resultado adverso ocurrieron sin mayores inconvenientes. Hasta ahora ningún partido o fuerza política ha imputado ese resultado, ni tampoco ese acto electoral en ninguna de sus fases.

En 1993 con ocasión de la elección parlamentaria precedente, una estación televisiva desarrolló un sistema de encuesta rápida o "exit-poll", efectuado al salir el elector del local de votación. Los resultados de esta encuesta, entregados seis horas antes del cierre de los locales de votación, no fueron en absoluto coincidentes con los que realmente arrojó el veredicto popular expresado en las cifras y resultados oficiales. Las causas del fracaso de esta metodología aún se investigan, pero lo concreto es que desde aquella oportunidad, la ciudadanía prefiere esperar la entrega oficial de cómputos que realiza el gobierno. Podríamos asegurar que existe confianza en todos los sectores políticos en la transpa-

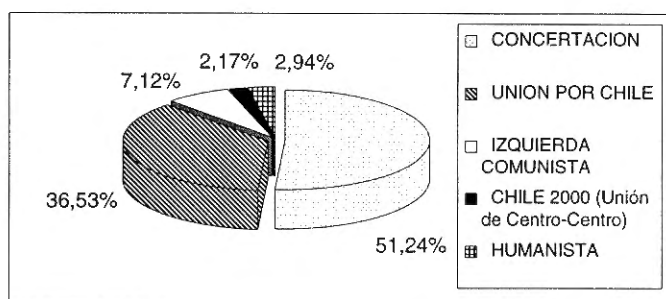
rencia de la gestión gubernamental relacionada con el recuento y transmisión de los resultados electorales. El Tribunal Calificador de Elecciones refrenda posteriormente los resultados, los que difieren apenas de los entregados oficialmente.

5. ANALISIS DEL RESULTADO

5.1. Correlación de fuerzas políticas en el Congreso

Votación obtenida por bloque de partidos,
Elecciones parlamentarias. Chile, diciembre 1997.

COALICION	PORCENTAJE
CONCERTACION	50,54
UNION POR CHILE	36,03
IZQUIERDA COMUNISTA	7,02
CHILE 2000 (Unión de Centro-Centro)	2,14
HUMANISTA	2,90



La Concertación oficialista disminuyó su base de apoyo desde el 55,4% en las parlamentarias de 1993, a un 50,54% en las verificadas en 1997, siendo la baja de un 4,86%. Pese a que logró conservar la mayoría en la Cámara Baja, la Concertación perdió un senador. Este descenso es el primero que sufre la coalición de gobierno desde 1989.

El principal partido político del país y de la Concertación, la Democracia Cristiana, disminuyó su votación desde un 27,12% en las elecciones de diputados de 1993 a 22,98% (bajó en 4.17%). El eje de partidos de izquierda intra-concertacionistas, Partido Socialista y Partido por la Democracia, (PS y PPD), no registraron variaciones importantes en sus resultados, lo que unido a la baja demócrata-cristiana, (DC), ofrece un nuevo escenario de equilibrio para la designación del candidato presidencial dentro de la Concertación, donde ambas corrientes resultaron con una plataforma electoral similar. Éste es un impacto de la mayor importancia, porque hasta antes de diciembre '97 la DC se planteaba como partido hegemónico dentro de la coalición de gobierno; y por lo tanto, con mayor opción para imponer como candidato presidencial a uno de sus filas.

Este virtual empate entre los dos sub-pactos que constituyen la Concertación, acaparó gran parte del quehacer político del país, y amenaza con transformar los dos últimos años del mandato del Presidente Frei Ruiz-Tagle en un período netamente administrativo con escasa motivación propositiva, puesto que la preocupación central será el mecanismo para designar candidato presidencial sin que la Concertación se quiebre, tema candente en el escenario que se resolverá a través de elecciones primarias de Mayo '99.

En la centro derecha también se enfrentaban dos proyectos o visiones políticas diferentes, tras las cuales cada uno proyectaba a un pre-candidato presidencial. La UDI, Unión Demócrata Independiente, poseedora de una visión conservadora profundamente ligada a los postulados del gobierno militar, jugó con innegable pragmatismo estratégico-comunicacional potenciando con mucho éxito al Alcalde Joaquín Lavín, su abanderado presidencial; y Renovación Nacional, RN, en cuyo seno conviven un ala liberal y un ala conservadora proponía el nombre de Andrés Allamand, pese a que como ya señalamos, su liderazgo no era extensivo a todo su partido.

Un hecho objetivo de estas parlamentarias '97, fue el fracaso del proyecto de derecha liberal de la fracción RN comandada por Andrés Allamand, candidato a senador derrotado en Santiago

Oriente por amplio margen por su compañero de lista UDI, Carlos Bombal. La otra corriente de ese partido, de carácter marcadamente conservadora, responsabilizó de la pérdida a inconsecuencias en la conducción política de la mesa directiva encabezada por los liberales, al presentar al electorado poca fidelidad con los postulados esenciales del sector, y por crear un excesivo tensionamiento dentro del partido, especialmente centrado en la postura de apoyo de la derecha liberal frente a la eliminación mediante reforma a la Constitución de la institución de los senadores designados.

El reforzamiento de la UDI y del ala más conservadora de RN, introduce en el escenario político del país nuevas claves para conocer las inclinaciones del electorado de derecha, al comprobarse el apoyo que suscita la visión tecnocrática de la administración del estado, la desvalorización de lo político entendido como lo público, y la preeminencia de cuestiones relacionadas con la ética y probidad públicas. Asimismo, adquiere un rol relevante como elemento facilitador del proceso de toma de decisiones políticas en el Senado la presencia del nuevo Senador Vitalicio Augusto Pinochet, especialmente en esta etapa final de la plena transición democrática.

Distribución de las fuerzas políticas en el Congreso chileno, 1997-2001

PACTO	SENADORES 93	SENADORES 97	DIPUTADOS 93	DIPUTADOS 97
Concertación	21	20	70	70
Unión por Chile	15	17	49	50
Centro-Centro	En pacto Unión por Chile	1	En pacto Unión por Chile	1
Independiente	0	0	0	2

5.2. Impactos de la elección sobre partidos políticos no afectos a pactos electorales

Se consolidó el crecimiento lento pero sostenido de una izquierda extra-parlamentaria que viene a reafirmar al Partido Comu-

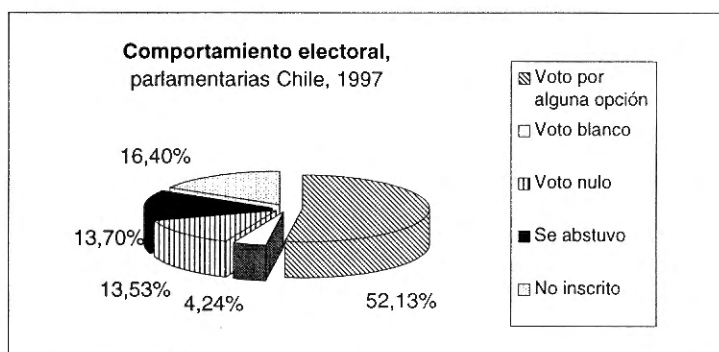
nista como opción política con camino propio, que ha marcado diferencias claras con la Concertación capitalizando el descontento, y que no parece en modo alguno dispuesta a apoyar al abanderado de la Concertación en la próxima presidencial. Aun cuando el Partido Comunista (PC) no logró representación parlamentaria porque el sistema binominal se lo impide, su líder Gladys Marín resultó favorecida con una de las votaciones individuales más altas en Santiago Poniente.

Otra inferencia que podemos realizar a partir de estos resultados, es la amenaza latente de regresar a los "tres tercios" irreconciliables, característicos del sistema político anterior a 1973, cuya ingobernabilidad generó la interrupción democrática en el evento que la Concertación oficialista se quebrare, aunque es poco probable dada la escasa ideologización partidista de ahora.

A la luz de los resultados de esta última elección parlamentaria, los cambios en las correlaciones de fuerzas en el Congreso son de carácter mucho más cualitativo que cuantitativo. Mientras en la Cámara Baja el gobierno mantuvo la mayoría parlamentaria, en la Alta, la Concertación tiene mayoría numérica de dos senadores, que eventualmente podría aumentar en uno más, según cómo se alinee el senador de la Unión de Centro-Centro. Siempre en términos cualitativos, se endurece la oposición en virtud del triunfo electoral de la UDI y el fracaso de la derecha liberal, a lo que se agrega la presencia determinante del General Pinochet como Senador Vitalicio. Adquieren en este escenario, especial relevancia la actuación como fuerzas políticas de los nuevos Senadores Institucionales o designados. Del total de 9, 4 de ellos corresponden a ex Comandantes en Jefe de la Fuerzas Armadas y de Orden, dentro de los cuales 2 de ellos (Ex Armada y Ejército) se perciben como muy alineados con los postulados del Gobierno Militar, mientras los otros dos podrían llegar a compartir posiciones con el gobierno frente a determinados temas sociales. Otros 3 son declaradamente proclives al gobierno; mientras dentro de los designados por la Corte Suprema, cada bando suma uno. En mérito de lo anterior, durante el nuevo período legislativo debería continuar la búsqueda de acuerdos políticos entre gobierno y oposición para lograr aprobación de nuevos proyectos.

5.3. Apatía y desafección política

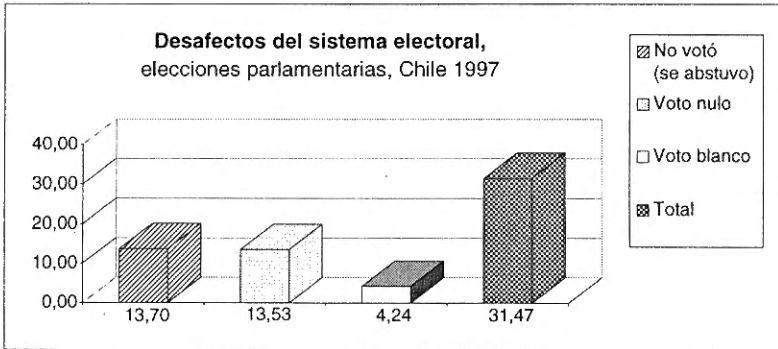
Grandes repercusiones políticas provocó la gran cantidad de votos nulos en esta elección, que sumada a los votos blancos y la abstención, configuró el 47,5% del universo electoral potencial. Todos los sectores discuten sobre las causas y los significados de esta protesta contra el sistema. Desencanto por la política, interpretación de la UDI en óptica Hayekiana y frustración en el electorado porque la política nada cambia, según la Concertación.



En Chile, la normativa electoral impone la obligatoriedad de concurrir a sufragar a aquellos ciudadanos que se encuentren inscritos en el registro electoral. Sin embargo, la inscripción es voluntaria.

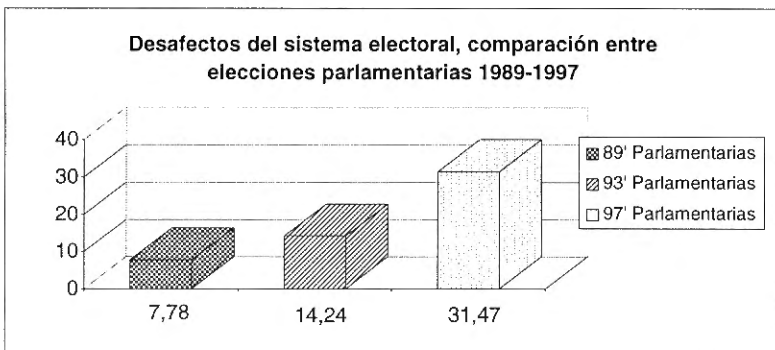
Calificamos como "desafectos"⁹ del sistema electoral, a aquellos que estando inscritos en los padrones se abstuvieron de sufragar (sea excusándose o no), anularon la papeleta, o bien votaron en blanco. El porcentaje de desafectos en la última elección parlamentaria correspondió al 31,47% del universo electoral.

⁹ Término acuñado por el Profesor Gustavo Martínez, experto en Estudios de Opinión Pública del Instituto de Ciencia Política de la Universidad de Chile.



Si a lo anterior sumamos el 16% más que no concurrió a inscribirse en los registros electorales, obtenemos que el 47,5% de los chilenos voluntariamente se auto-marginó de expresar su voluntad política a través del sufragio.

Al comparar los actos eleccionarios de la transición democrática, observamos que la desafección más baja tuvo lugar en 1989 con el 7,78%, año político emblemático en que tuvieron lugar las primeras elecciones del retorno democrático. En las siguientes observamos que la tendencia es al aumento. El gráfico siguiente nos demuestra que desde 1989 a 1997, el porcentaje de ciudadanos desafectos al sistema electoral medido en elecciones parlamentarias, ha crecido en un 23,73%.



6. CONCLUSIONES

Tras los resultados electorales de 1997, los diversos sectores políticos se abocaron al estudio en profundidad de este fenómeno. Como primera lectura, surge en forma nítida que lo que la ciudadanía quiso expresar mediante la anulación del voto, fue su repudio frente a la impotencia del aparato legislativo (y en él, extendiendo la crítica al sistema político en general), por no poder solucionar los problemas sociales y políticos más sentidos. Los mensajes escritos en las papeletas de voto, decían relación con bajos montos de pensiones de vejez, cesantía juvenil, inestabilidad laboral, etc. Podemos concluir que lo que se está reflejando, es una actitud de desvalorización por parte de la ciudadanía hacia la clase política, situación que es evidente en los estudios de opinión pública practicados por distintas empresas especializadas en Chile con anterioridad al acto electoral.¹⁰

La desafección y la apatía no son problemas locales de Chile, sino responden al impacto del nuevo orden mundial que está gestándose, dentro del proceso de avance irreversible de la modernidad, con sus componentes de globalización económica, penetración cultural, y consenso frente a la democracia en lo político y libre mercado en lo económico.

Las causas del fenómeno de marginación electoral varían según el sector político de donde provengan los análisis. Sin embargo, es posible identificar varias causales de carácter objetivo:

- El modelo económico vigente prácticamente sin cambios desde el gobierno militar, a juicio de esta investigadora, ha determinado una causal estructural al otorgar a la ciudadanía un espacio de solución diferente para sus problemas que ya no radica en el gobierno ni en la prebenda política, sino más bien en su propia capacidad personal. Por esta razón las personas recurren cada vez menos a la búsqueda de soluciones colectivistas, privilegiando las individuales en concordancia con la cultura imperante. El nuevo refe-

¹⁰ Ver CEP, ADIMARK, U. de Chile, 1996 y 1997.

rente de la sociedad del fin del siglo es el individualismo y el consumismo. Los jóvenes y también los mayores valoran los distintos aspectos de la sociedad de consumo, aspiran a obtener sus productos, y son constantemente inducidos a esta conducta por los mensajes de los medios de comunicación. Este interés desplaza naturalmente al antiguo afán gregario y por ende político.¹¹ Debemos considerar además, que la competitividad de la sociedad de consumo desafía a la igualdad de oportunidades que debería ofrecer el sistema democrático. Esta es una expectativa muy lejana, que genera frustración en los jóvenes. Ellos no visualizan este logro como posible a través de su participación en el proceso eleccionario. En otras palabras, descalifican al sufragio como herramienta de participación útil para lograr cambios.

- La rigidez del sistema electoral binominal prácticamente predetermina las mayorías parlamentarias. En efecto, la clave para llegar al Parlamento no está en el voto popular sino en ser incorporado a la lista de la coalición, en tanto los electores quedan reducidos a la mera condición de ratificar o no una propuesta que les es impuesta por los partidos. Las reglas del juego permiten escasa o nula opción para acceder al Parlamento a las candidaturas independientes o no afectas a las coaliciones mayoritarias, lo que redundo también en falta de interés del electorado, porque se sabe de antemano que un proyecto alternativo a las coaliciones parte con muy pocas probabilidades de éxito.
- No hay lucha ideológica en la política contemporánea, sino por el contrario, grandes consensos en torno a democracia y libre mercado, que cruzan ampliamente todo el espectro de opciones. La política por tanto, ha perdido uno de sus elementos consustanciales: el enfrentamiento. Esto trae como consecuencia que, por una parte, pierda gran parte de su atractivo y por ende la capacidad (de los jóvenes en particular), para identificarse con proyectos idealistas, ge-

¹¹ Solamente un 5.83% de los jóvenes encuestados declara participar en política, mientras casi el 60% no participa en nada. Estudio de opinión pública dirigido a la juventud, Instituto de Ciencia Política, U. de Chile, diciembre 1996.

neralmente asociados a fuertes contenidos utópicos e ideológicos; y por la otra, implica que las personas tengan grandes dificultades para distinguir un partido político de otro, inclinándose más bien por posturas frente a determinados temas como aborto, divorcio, impuestos, que por los idearios partidarios. La política actual plantea una competencia de votos por un "gran centro" con programas muy parecidos entre sí, difíciles de aprehender por los electores, porque carecen del elemento dramático del ideal y el conflicto. Podemos demostrar lo anterior a través de las altas votaciones obtenidas por la UDI y el PC, ambas opciones claramente identificables en cuanto a su posición dentro del espectro político chileno, por la claridad de sus propuestas y el aval de su contenido doctrinario.

La pérdida de vigencia temporal de las ideologías ha generado un nuevo escenario que está en construcción, proceso al que la mayoría de la gente está asistiendo como sujetos pasivos. Al no haber referentes que permitan explicar la totalidad, como había sido la tónica desde fines del siglo pasado hasta la caída de los muros, la política que era el elemento cohesionador de la sociedad, ha pasado a ser una parte de importancia decreciente y secundaria.

Las motivaciones de quienes no se inscriben en los registros electorales (haciendo uso de su derecho), son diferentes de quienes estando inscritos no votan y más aun de quienes concurren a las urnas a votar nulo o blanco. La línea divisoria la marca la diferencia entre apatía política y desencanto político. La primera es una suerte de distanciamiento de la gente respecto de la política, ésta no forma parte del ámbito más próximo de sus intereses. La segunda por el contrario, es más fuerte, es un rechazo a la política como actividad y al sistema institucional que la enmarca. "La política les parece algo negativo e inútil".¹²

Las expectativas de los electores no guardan relación con la capacidad de resolución y el ámbito de acción de la actividad legisla-

¹² Benavente y Jaraquemada, *Análisis y Proyecciones de las Elecciones Parlamentarias 1997*, Santiago de Chile, diciembre 1999, p. 13.

tiva. El votante espera soluciones concretas a sus problemas inmediatos por parte de quienes compiten y resultan electos para cargos parlamentarios, las que no corresponde ser atendidas por los legisladores, sino por las autoridades locales. Se evidencia por tanto, que la ciudadanía desconoce el verdadero papel que corresponde a los congresistas, y que se refiere fundamentalmente a la elaboración de leyes y actos fiscalizadores.

Hay falta de confianza en la probidad de los parlamentarios, motivada por la publicación de algunos hechos de corrupción de empresas administradas por el Estado ligadas a financiamiento de campañas políticas de candidatos de la Concertación. (Ejemplos: Casos ESVAL en Valparaíso, "desmalezamiento" de terrenos aledaños a la Refinería de Petróleo de Con-Con, pagos de raciones alimenticias escolares que nunca fueron recepcionadas, etc.). El conocimiento público de estos hechos ha ido generando descrédito y desconfianza crecientes no tanto hacia los personeros involucrados, sino más bien hacia los políticos en general.

Existe escasa socialización política que contribuya a la consolidación de la cultura democrática. Uno de los argumentos con más fuerza para explicarlo, es la falta de ejercicio de la democracia que ha caracterizado a esta generación y a la de sus padres, luego de los 17 años de gobierno militar. Pero la apatía política no ha afectado solamente a los electores, sino también a la clase política. No se observa renovación de líderes en términos de discurso ni tampoco etarios, siendo realmente impactante que solamente el 6% de los candidatos que postularon a cargos parlamentarios en esta elección, eran menores de 35 años.

Es válido hacer una distinción entre "lo político", que es el ámbito que interesa a la gente en cuanto a los grandes temas públicos que requieren de decisiones de poder, tales como delincuencia o medio-ambiente por ejemplo, y "la actividad política", que se refiere a los actores involucrados en los procesos de toma de decisiones y competencia por los cargos públicos. A las personas que eligen o llegarán a elegir, igual que a los que aspiran a ser o son representantes, les es difícil entender las nuevas reglas del juego

que está imponiendo el proceso global en términos de conocer y aceptar las nuevas dimensiones de lo político. Los primeros, necesitan recibir pronta y suficiente educación cívica que les permita valorar la ausencia de conflictos políticos terminales como en el pasado, y conocer otras formas de participación distintas, más cercanas a lo local. Y a los segundos, aprender a posesionarse adecuadamente con los temas e incentivos que promuevan efectivamente una participación más activa de parte de los jóvenes y del electorado en general, ofreciendo también un desempeño público transparente y eficiente que permita a los votantes evaluar su gestión.

Considero válido plantear una reflexión de fondo: aun cuando en Chile en el pasado cercano los proyectos ideológicos lograron alcanzar grados masivos de movilización política, no se consiguió la gobernabilidad, hecho que quedó demostrado con la instauración del régimen autoritario en 1973. En las dos décadas anteriores la política como referente fue el elemento central para explicar no solamente las relaciones de poder y la organización del Estado, sino todas las otras dimensiones de la vida personal y social, proporcionando visiones envolventes acerca de aspectos religiosos, éticos, económicos, propiedad, educación, salud, ciencia, tecnología. En la última década de este siglo la política ocupa un lugar en el conjunto social que no es el más central, pero tampoco el más periférico. Entonces cabe preguntarse, cuánto contribuye al afianzamiento de la democracia y sobre todo a la gobernabilidad un alto grado de politización ciudadana, especialmente si ya conocemos sus efectos empíricos a través del estudio del tercer sistema de partidos.

La crisis es de representación, y son en general los partidos políticos quienes no se han adaptado a las nuevas características de la sociedad, afirmación que por cierto no es nada nueva puesto que viene estando presente con similares connotaciones de "crisis", tanto en el segundo como en el tercer sistema de partidos. En el año 1998 de este análisis, en áreas tan diversas como el control de la delincuencia, el medio-ambiente y la educación, los votantes sí demuestran interés por los temas públicos, pero no hay duda que existe una apatía político-par-

tidista y escasa confianza en la probidad y capacidad de gestión de los políticos, que impide canalizar adecuadamente esa inclinación. Ése es un gran desafío para el Chile de hoy: cómo adaptar el mundo público a las inquietudes de los electores, especialmente los más jóvenes, y hacer que éstos sientan que hay un espacio para ellos y que su contribución es importante, en un mundo donde casi la mitad de los votantes ha preferido marginarse políticamente.¹³

¹³ Todas las cifras relativas a elecciones parlamentarias 1993–1997 y universo electoral han sido extraídas de estadísticas y registros oficiales del Servicio Electoral de Chile, publicados y algunos disponibles en Internet.